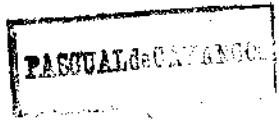
EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO

Y LITERARIO.

TOMO IV.



MADRID, 1820:

En la Imprenta del *Censor*, por D. LEON AMARITA.

De la influencia de las grandes potencias sobre los estados de segundo orden.

Cinco son las potencias que tienen mas influencia actualmente en la balanza política de Europa. La Inglaterra que es la mas poderosa de todas por su política, por su omnipotencia marítima y por la libertad, ya antigua, de su gobierno, no domina sin embargo por la superioridad militar, ni por la estension del territorio. El oro es su arma; y es preciso confesar que es la mas terrible de todas en un siglo, del cual seria en vano esperar ni las virtudes de Esparta y de Atenas, ni la rigidez ambiciosa de los romanos.

La Francia posee un territorio grande, espíritu militar é inmensos recursos: está colocada en el centro de Europa; y segun el dicho de Federico II, *no debe tirarse un cañonazo sin su orden.* Las circunstancias la han despojado de la influencia que la daban su situacion y su riqueza inagotable.

El Austria y la Rusia, centros del gobierno absoluto, estan apoyadas en grandes

y valerosos egércitos. Son monarquías uniformes y despóticas: su accion es muy poderosa; porque el gobierno está en armonía con el estado de luces de la nacion. La Prusia no es tan fuerte, porque componiéndose su territorio de diferentes estados recien allegados á la monarquía, carece de la unidad de ideas é intereses, necesaria para formar un cuerpo político robusto y vigoroso. El habitante de Memel y el de la orillas del Rin, no pueden tener ni las mismas sensaciones, ni los mismos conocimientos, ni la misma adhesion á la patria.

Los principios que hacen obrar á estas potencias, son muy diferentes: la Prusia, la Rusia y el Austria se dirigen constantemente al *engrandecimiento y estension* de su territorio, la Francia, á la *conservacion* del suyo: la Inglaterra desdeña las conquistas que no sean coloniales, y solo aspira á aumentar la prosperidad de su *comercio*. Estos principios bien conocidos, será facil adivinar los resultados de las combinaciones de la diplomacia européa en el caso de una guerra.

La Rusia, imperio nuevo y no bien civilizado todavía, aspira á engrandecerse á costa

de sus vecinos. Su máxima es no hacer la paz, sino adquiriendo un aumento de territorio. A esta máxima ha debido la estension progresiva de sus límites. Ya está en las orillas del Oder; y la Alemania oriental seria el teatro de una guerra européa contra aquel coloso. Puede pelear con ventaja contra toda Europa; porque en el caso de una derrota, las nieves y los yelos de su pays la ofrecen una retirada segura, que ya ha sido sepulcro de los suecos y de los franceses. Si vence, puede aprovecharse de sus ventajas: si es vencida, puede esperar las mudanzas de la fortuna. Contra un enemigo de esta especie no hay mas defensa que un grande estado, interpuesto entre él y el resto de Europa, y que en caso de guerra fuese defendido por todas las naciones. La Polonia hacia este oficio; pero la política ambiciosa de Berlin y Viena, en lugar de defender aquella monarquía, contribuyó á su ruina, y permitió demoler la fortaleza que los cubria, por el mezquino interés de llevarse algunos de sus materiales. A este yerro grande y esencial que llorarán algun dia, se ha añadido el de desconocer su verdadera situacion. La parte de Polonia que tocó á la Prusia, está ya

en poder de los rusos: quizá lo estará pronto la Polonia austriaca, si se le permite al Austria engrandecerse en Italia: de modo que las dos potencias que debian defender el occidente contra la invasion de los rusos por su interés propio, se dejan engañar de la ambicion hasta tal punto, que aumentan el poder que les ha de devorar algun dia, por lograr ventajas accidentales y momentáneas. Esta política errónea será con el tiempo la perdicion del continente europeo.

Una sola potencia podria oponerse con buen éxito al ulterior engrandecimiento de la Rusia, que es la Francia. Pero por una parte el poder militar de esta potencia no puede ser de mucha influencia, mientras no se reunan sinceramente los partidos, y el ministerio se enlace con la nacion indisolublemente: y por otra parte el espíritu agresor y conquistador que manifestó la Francia en la época de su mayor gloria militar, la hizo temible á la libertad europea, y aquellos temores no estan calmados todavía. Ultimamente, la Inglaterra que tiene en su mano con que pagar la Europa armada, no distribuirá sus tesoros, sino para favorecer su comercio; y bajo este as-

pecto, teme mas á la industria francesa que á las falanges moscovitas. Asi aun cuando la Francia se armase sin proyectos de ambicion, con solo el noble objeto de proteger la Europa, la Inglaterra no estaria á su favor, sino en el caso estremo de ser necesaria la cooperacion del occidente para libertar la Alemania del yugo ruso. Pero tal es la condicion de las pasiones políticas, que es muy probable que el gabinete inglés no crea haber llegado este caso, sino cuando ya sea el mal irremediable.

Esta sencilla esposicion prueba que la independencia europea está amenazada, en caso de guerra, principalmente por la Rusia; y que el Austria y la Prusia, que debieran cubrir la Europa, lejos de tomar el caracter de potencias conservadoras, toman el de agresoras. La Francia pudiera ser el baluarte del occidente; pero ni la Inglaterra la permitirá esta gloria, ni las naciones pueden fiarse de que las defienda quien no ha mucho que las asoló para subyugarlas. No les queda, pues, mas auxilio, que el de la Inglaterra: las transacciones diplomáticas mas recientes prueban, que el gabinete de la Gran Bretaña conoce la situacion actual de los negocios, y cuál es su deber.

A lo menos, ya que ha tiranizado el comercio marítimo, no debe permitir por el mismo interés de su comercio, que los estados continentales giman bajo el yugo: su misma seguridad lo exige. El tratado que acaba de celebrar con la Turquía, y su rivalidad con la Rusia en todos los congresos, son indicios ciertos de la perspicacia inglesa y de los peligros que prevee.

El cuadro que acabamos de formar, no es lisongero; y todas las alabanzas que se han tributado á la *santa* liga, han sido sumamente gratuitas. La independencia europea ha ganado muy poco con los mil y un congresos que se han celebrado sucesivamente. La multiplicidad de estas reuniones prueba que hay proyectos ocultos y reservados para mejor ocasion: pues en ninguno de los congresos se han podido fijar definitivamente los intereses de las naciones, cuando esto pudiera haberse hecho en el primero; porque donde está la fuerza y la voluntad, son prontas las resoluciones. Aun el mérito que se atribuye á las potencias aliadas de haber derrivado á Napoleon, no les pertenece: la caida de aquel coloso se debió, no á la accion de los gabinetes, sino al levantamiento de los pue-

blos, irritados contra la tiranía militar: los españoles que dieron el egemplo; los rusos y alemanes que lo siguieron, hicieron al conquistador guerras nacionales; y el pueblo frances que permaneció espectador indiferente de la lucha, consumó su ruina. Esta reflexion esplica, por qué en 1813 y 1814 todos los manifiestos de las grandes potencias estaban llenos de ideas liberales y de elogios de los pueblos. Cuando ya no les era útil la tendencia de las naciones hacia la libertad, han procurado comprimirla, y el espíritu y el tono de sus declaraciones es muy diferente. Proclamando el principio de la legitimidad (1) como lo han hecho, digeron á las naciones: *vuestra felicidad y vuestros deberes y derechos políticos estan cifrados en morir por la defensa del poder absoluto que os oprime.*

Hasta aquí hemos visto que la influencia de las grandes potencias amenaza con grandes peligros á la independencia europea, y solo deja como entrever garantías muy débiles, muy lejanas, y que quizá serán

(1) El principio de la *legitimidad*, en nuestro entender, es verdadero, siempre que se derive la legitimidad de la misma fuente que indica esta palabra; es decir, de la *ley*.

muy inútiles, cuando llegue el caso de egercerlas. Veamos ahora si la alianza de estas potencias es ó no una verdadera garantía como suelen serlo las confederaciones.

El motivo ostensible de la santa alianza fue la conservacion de la paz y de la tranquilidad europea, único medio de asegurar su independencia. En efecto, la ambicion misma y las rivalidades de las grandes potencias debian hacer que se opusiesen todas al engrandecimiento de cada una; pero desgraciadamente la política particular de cada gabinete ofrece á casi todos ellos ventajas considerables en el caso de usurpacion ó rompimiento contra las potencias de segundo orden. Hemos visto que la Prusia y el Austria no se opondrán al engrandecimiento de la Rusia, con tal que á ellas se les permita engrandecerse tambien á costa de los estados menores: hemos demostrado que su política no debia ser esa, pero en fin lo es; y los sucesos pasados nos previenen de lo que harán en lo venidero. Repartieron con la Rusia la Polonia: cedieron á la Rusia el ducado de Varsovia, á trueque de algunos estados en Italia y á las orillas del Rin. ¿Por qué no temeremos que le hagan nue-

vas cesiones á costa de otros estados europeos?

Los hombres que gobiernan en el dia la Francia no ven mas que un objeto, y es la restitucion del gobierno arbitrario. Asi se debe esperar que dejarán hacer á la santa alianza todo cuanto quiera, con tal que auxilie en caso de necesidad á la aristocracia francesa en su lucha doméstica contra el espíritu y las ideas de la nacion. Poco le importa á aquel ciego ministerio la independencia europea, ni la gloria de su nacion, ni su propia seguridad: mas bien quiere triunfar de Benjamin Constant y del general Foy, que contener los ambiciosos proyectos del Austria y de la Rusia.

La Inglaterra es, pues, la única potencia interesada en sostener el equilibrio, y en impedir las usurpaciones de las grandes potencias del continente, y la Inglaterra tiene toda la fuerza necesaria para ofrecer una poderosa garantia. Pero contribuye á debilitarla la desgraciada combinacion de las circunstancias. El gran pretesto del Austria y de la Rusia para atacar la independencia de las demas naciones, es contener el espíritu liberal del siglo; y en esta parte no sabemos por qué

fatalidad el gobierno británico, asentado sobre bases constitucionales, se ha manifestado siempre tan enemigo de la libertad europea, como pudiera el mismo divan de Constantinopla. Por consiguiente el auxilio que los estados inferiores debian esperar de la Inglaterra cuando defiendan su independencia, lo perderán si juntamente con ella quieren defender su libertad.

¿Por qué el gabinete británico, contrario en esta parte al espíritu de su nacion, se declara defensor del gobierno absoluto en los demas paises? ¿Por qué ha de preferir á la alianza con la España, ó con el reyno de Nápoles constitucional, esa intimidad diplomática con los monarcas absolutos? ¿Cree que su comercio decaerá si el de los pueblos libres florece? Pero la experiencia de la guerra última y de la paz que la siguió, debe haberle demostrado que la victoria mas gloriosa y completa será ruinosa al comercio de la Gran Bretaña, porque los ramos de comercio, que la guerra arrancó una vez de sus manos, no vuelven jamas á ellas. Ademas, mientras mas esclavos son los pueblos, menos se multiplican y mas pobres son: por consi-

guiente es menor el número de compradores. ¿Persigue quizá el gabinete británico en los demas pueblos las ideas proclamadas en Europa por la nacion mas aborrecida de los ingleses? Pero muy poco conoce la historia de los tres últimos siglos el que ignore que á la Inglaterra es á quien debe el mundo civilizado las primeras nociones del sistema constitucional; y la Francia en su revolucion no hizo mas que estenderlas ó exagerarlas. En última análisis, cuando ya la Europa sea libre, el pueblo inglés tendrá la gloria de haberle dado el tipo de las instituciones liberales. ¿Por qué, pues, el gobierno resiste á esta inclinacion que es tan natural, de propagar en otros paises sus luces y sus leyes? No encontramos una razon convincente de este fenómeno político, sino en la influencia diplomática de la Inglaterra. Esta encontrará por medio de su oro cuantos soldados quiera para sus empresas, ya mercantiles, ya ambiciosas, en las naciones sometidas al régimen absoluto, lo que no es tan facil en los pueblos constitucionales. No asegurarémos que este motivo sea la estrella polar de la política inglesa; pero si lo es, los pueblos de Europa podrán calcular el gra-

do de confianza que merece la mediacion de la Inglaterra en sus transacciones diplomáticas; y la nacion inglesa conocerá á qué manos confia los intereses públicos. Hasta aqui se la ha podido engañar con la esperanza de ganancias mercantiles; pero el velo está ya roto, y solo se descubre el amor de dominacion donde solo debiera existir el deseo del bien universal.

El pueblo napolitano habia recibido ya las luces y la experiencia necesarias para sacudir el yugo del servilismo, y guiarse á sí mismo por el camino de la libertad. Tenia además instituciones judiciales y administrativas que hacian mas facil el establecimiento de las garantias políticas: carecia de jesuitas, frayles, diezmos y jurisdicion eclesiástica temporal, y por consiguiente la libertad política se hallaba libre de serpientes que quisiesen ahogarla en su cuna. ¿Qué pueblo se halló jamas en mejor situacion para establecer su libertad sin peligro de convulsiones ánárquicas? Asi es que la mutacion de gobierno se verificó con la mayor tranquilidad. Se adoptó una constitucion sancionada ya por dos veces por la Europa entera; pues toda la Europa en 1812 y 1820 reconoció á la

nacion española constituida segun aquel código. Las elecciones fueron tranquilas: la escision de la isla originada de otras causas, cesó: el parlamento se reunió: sus sesiones dieron el espectáculo de un congreso sabio, prudente y moderado. Este pueblo en fin marchaba con firmeza y sin temor hácia su felicidad. Si él solo existiese sobre la tierra ó yaciese ignorado, seria el mas dichoso de cuantos existen en el dia.

¿Quién ha cubierto de tinieblas un horizonte tan despejado y brillante? La funesta influencia de las grandes monarquías. No basta que aquel pueblo haya cumplido religiosamente sus tratados: no basta la moderacion con que se ha ceñido á labrar su felicidad, sin querer tener influencia sobre los demas pueblos. En el dia se ve amenazado del Austria, abandonado de la Francia, su rey peregrino; ve á la Inglaterra protegiendo ó el viage ó la fuga del anciano monarca, y á la Prusia y á la Rusia coadyuvando al proyecto de la invasion. ¿Cuál es, pues, la garantia que las grandes potencias ofrecen ni á los pueblos, ni á los tronos, cuando vemos á un rey obligado á separarse de su nacion para po-

nerse en poder de los invasores, y á un pueblo que pide lo que es justo, amenazado de todas partes? El pretesto de modificar la constitucion es frívolo: los napolitanos no se negarian á sacrificar algo por el bien de la paz, siempre que se les conservasen las garantias constitucionales. Los escritos de los sabios y la experiencia de los siglos expuesta por hombres hábiles valdrian mas para conciliarlo todo, que las amenazas de guerra y que los viages forzados de los reyes, muy desacreditados ya desde la célebre entrevista de Bayona. El tiempo dirá si es la independencia ó la libertad de Nápoles lo que se trata de destruir para siempre; pero hasta ahora lo que se ha atacado directamente es su independencia; porque mal se puede llamar soberano é independiente aquel estado, cuyo monarca se ve obligado á viajar por el miedo ó por la seduccion. Mientras la santa alianza, en la cual algunos creen ver realizada *la dieta europea* del abate Sain-Pierre, no respete mas el derecho de las naciones, ni aun podremos llamarla el *sueño de un hombre de bien.*

No hay, pues garantia para los pueblos libres, sino la que ellos se dieren apo-

yándose mútuamente. Decimos mas: los estados de segundo orden, sea cual fuere la forma de su gobierno, se verán algun dia convertidos en provincias de las grandes monarquías, sino favorecen el espíritu del siglo y auxilian á los pueblos que quieren conquistar su libertad. Mas vale ser rey constitucional, que esclavo coronado de los grandes monarcas; y no hay medio entre estos dos estremos. Los reyes que tomen la iniciativa, y ofrezcan ellos mismos á sus pueblos el pacto constitucional, tienen dos ventajas muy considerables, la de reformar sin convulsiones, y la de crear á su arbitrio las instituciones conservadoras del orden y protectoras de la dinastía. De esta manera obedeciendo al espíritu del siglo, gobernarán verdaderamente; porque no es gobierno el que luoha á cada paso con las ideas y los intereses de todos. No hay medio de substraerse á la dominacion de los grandes soberanos, y de conservar la independencia.

El mediodia de Europa es ya constitucional. Es absolutamente necesario que una alianza estrecha una á los pueblos que naturalmente estan ya enlazados por la identidad del sagrado interés que tienen

que defender. Ninguno de ellos se crea seguro cuando caigan los otros. Esta seguridad le seria funesta. Evitemos con sumo cuidado las calamidades de una guerra nacional y esterminadora; pero evitemos con mayor cuidado todavía el vernos obligados á emprenderla: y no hay otro modo de evitarla que el impedir que caigan nuestros discípulos en la carrera de la libertad. La prudencia, y si no basta, el valor son los verdaderos defensores de los estados. Si Nápoles es oprimida sin recurso, ¿qué seguridad les queda á España y á Portugal? La distancia y el egemplo de la guerra pasada; pero no nos engañemos. Los calmucos han bebido las aguas del Sena y del Loira, y el despotismo ni escarmienta ni calcula los obstáculos.